

EL TRASFONDO DE CREENCIAS

Néstor Tato (gracias a Woo)

Testimonio

Siempre creí que la Doctrina, el cuerpo de ideas que funda nuestra ideología, nuestras teorías y nuestras prácticas, había sido explicado en la antigüedad (o sea, en la década del 60).

El Método pertenece a esa época histórica. Entiendo que la misma Doctrina pertenece a aquella “primera rota” (1962-1974) porque después, con la segunda rota (1974-1986) vendría la teoría que intermediaría la Doctrina con el paisaje epocal.

El Método fue para mí la gran incógnita. Claro en su formulación, fascinante por su precisión y claridad conceptual, nunca me quedó claro cómo se usa. Temprano me hice de todos los materiales que pudiera conseguir, y en casi todos se hablaba de o mencionaba el Método.

La aplicación del Método quedaba ligada a la lámpara famosa que alguna vez usó el Negro como ejemplo.

Alguna vez hice el ensayo de aplicarlo a la Historia Argentina en una monografía hoy arrumbada en algún rincón, hecha en 1975 para un práctico en la Universidad, y me resultó muy útil para ver cómo destacaba aspectos de la realidad.

Aparece aplicado en el Estudio del Siglo XX. Pero parece irrepetible.

Hace poco un viejo y querido amigo me escribía proponiéndome un ejercicio con un globo aerostático, cosa que me excedía porque estoy con otras cosas en la cabeza y el Método me resulta demasiado para mi actual nivel de recursos. Tendría que lograr un redondeo global que me tranquilizara existencialmente para poder dedicarme a desclararlo.

Pero no me abandona, siempre vuelve.

Pese a mi resistencia a encararlo, me fue muy útil. Desde aquel intento de 1975, siempre releí y pensé en torno a sus categorías. Éstas fueron sedimentando una suerte

de grilla, de entramado previo a cualquier visión de la realidad (lúcida, víglica, intencionada, claro está).

Así fui reconociendo las pautas sistémicas que lo estructuran, y un día encontré que el “método sistémico” es, sino igual, muy parecido. Basta goglearlo.

La aplicación del Método

¿Cómo es esto de la “aplicación” del Método?

Bien, pongamos por caso...

En ésto que digo está la clave. Si yo “pongo” por caso, ya estoy saltando una etapa de mi intento de conocimiento: EL INTERÉS.

Si no tengo una pregunta, si no hay algo que me interese, que me involucre, me comprometa con lo que voy a intentar conocer, está difícil que pueda avanzar. Ante cualquier obstáculo me quedaré parado. Porque -diré- no sé por dónde avanzar. Más bien, digo, porque no tengo “combustible”. Carezco del empuje que me hace rebotar contra la pared invisible de la falta de datos, una y otra vez, hasta que le “encuentre la vuelta”.

Y eso, el interés, no se puede enseñar, transmitir o inculcar. Así que, sin interés, mejor prender la tele.

Si algo me interesa, la pregunta no sólo sirve de motor sino que ordena.

La pregunta es y opera como una diferencia. Y el poder de la diferencia es ése: diferencia. Discrimina, discierne.

Grosso modo, descarta todo lo que no es ella, que es atraído por reglas asociativas. De modo que lo que no es asociado, queda descartado. Es un principio básico de economía de recursos: ¿para qué cargar con información que no necesito? Además, de cualquier modo, seguirá estando “ahí”, en copresencia.

Por fin, llegamos al elemento oculto.

En la seguidilla de ejemplos de aplicación que he visto buscar, siempre, “para hacerlo fácil”, se eligieron elementos cuya información era conocida, de fácil acceso o recuperación. Como el caso de la lámpara de escritorio, la tasa de café o el grabador (aquellos grabadores a cassette, claro).

Objetos, cosas, bien definidos, acabados, bien visibles y concebibles, por tanto.

Cosas perceptibles, reales, tangibles.

Claro. Ahí es donde el Método se empasta. Porque es necesario hacer la reconstrucción de la influencia del sistema mayor, las relaciones y composición, y sobre todo, imaginar su proceso.

Imaginar su proceso. Acá “me saltó la térmica” esta mañana, mientras divagaba con el tema.

¿Cómo es eso de “imaginar un proceso”? Si lo tengo que imaginar ¿qué estoy estudiando?

La *imagen* de proceso

Entonces me pregunté ¿en qué contexto apareció el Método? En aquel primer material “Temas de aproximación” ¿de qué se habla? Del Método, sí, pero ¿de qué más? Grosso modo del Tiempo. Visto desde otro punto de vista, del Ser. Y desde otro más acotado, del Proceso.

Entonces, si está dicho que pensar es congelar algo en su dinámica para poder estudiarlo, mi objeto tendrá que estar en dinámica cuando lo encuentre en estado bruto, cuando me convoque o provoque, cuando incida mi interés. Si lo que quiero estudiar no “se mueve”, no puede ser objeto de estudio.

Porque el Ser es eso, ser, movimiento, dinámica, proceso.

El modo en que está planteado el Método introduce un primer desvío: me presenta la “estructura”, las relaciones que determinan (el ser de) el objeto en estudio. Las explicaciones del Método, para facilitar el discurso, presentan un objeto estático. Del que se dice tiene un proceso, claro, pero ese modo de presentarlo me escamotea de manera subrepticia esa dinámica de proceso.

Primero, me habla del Punto de Vista y, automáticamente, me identifico con el astronauta. ¿Qué es lo que ve? En definitiva, cosas que *percibe*.

A continuación se ocupa de la experiencia y sus tipos y concluye: “La articulación de nuestra imagen del Universo, no es solamente el problema de comprensión, sino sobre todo de transformación del modo de observar. Para poder comprenderla hay, pues, que

cambiar el tipo de visión a que estamos acostumbrados. *No podemos vislumbrar esta imagen del mundo si utilizamos recursos lógicos.*”

Luego, enuncia el Tiempo y sus momentos: “Todo en el Universo es Tiempo y se expresa diferenciadamente, complementariamente o sintéticamente. A estos tres instantes del tiempo o caídas del tiempo o éxtasis del tiempo, los formalizamos como destrucción, creación y conservación.”

De modo que, a efectos de lo que nos interesa: “Todo fenómeno es función del tiempo y cada fenómeno a su vez, posee su propio tiempo, su transformación más lenta y veloz según sea el sistema al cual pertenece.”

Pese a esto, pese a mi experiencia *actual*, yo quiero usar el Método y abordar la investigación de los fenómenos que, como “sabemos”, son estructuras o sistemas.

Pero no tomo en cuenta que: “Un sistema cualquiera, no es sino una síntesis temporal dentro de la cual se establecen diferenciaciones, complementaciones y pequeñas síntesis que son precisamente, las que permiten su movilidad interna.”

¿Porqué paso por alto este detalle? Y caigo en la visión habitual de que un sistema es un conjunto de elementos relacionados, etc.

¿Qué es lo que estoy viendo cuando *creo* que mi “objeto de estudio” es un sistema definido de ese modo? Cuando lo veo como centro de sus relaciones: con el ámbito mayor, los componentes del medio y sus propios componentes.

¿Qué será lo que *en mi mirada* me lleva a ver de ese modo?

¿Será que me puse en los lugares del labriego, el aviador y el astronauta? Sospecho que sí.

Porque ellos ven *cosas*. Los tres, *perciben*.

Todas las explicaciones del Método que he oído parten de esta mirada perceptual. Quizás tenga que ver con que en El Mirador (donde se dieron las explicaciones de la Carpeta Naranja en 1974) se habló primero de la estática y luego de la dinámica.

Pero en “Siloismo” se habla de los momentos de proceso como “etapas” del Método.

Seguramente, el material que se tuvo en cuenta para estudiar el tema tiene una influencia determinante.

La experiencia como condición

Pero, ateniéndome al material primigenio, creo que lo que tengo que tener en cuenta es *cuál es el tipo de experiencia de la que parto*.

Mi experiencia ¿con cuál de las típicas allí expuestas la relaciono? ¿Es la mía una experiencia inmediata, relacional o global?

En términos de mecanismos psicológicos: ¿me quedo con lo perceptual, puedo poner en marcha mi imaginación y detectar relaciones, alcanzo las abstracciones?

Creo que en punto a lo metódico, este sería el primer aspecto que tengo que abordar: ¿dónde estoy emplazado yo? ¿Cuál es mi condición de experiencia? ¿Cómo es mi mirada? Esto es anterior al plantearme el punto de vista, que está incluido en la mirada, determinado por ella. Porque de nada sirve manejar los conceptos que resultan de la experiencia del astronauta, si la mirada sigue siendo la del labriego.

Como sea, el estudio en estática es muy útil para la incorporación de esa grilla que mencionaba arriba. Permite disociar lo perceptual y poder entender las relaciones que condicionan o determinan el objeto, que lo hacen ser como es. Y si llego a atisbar su ámbito mayor y el momento de proceso en que se encuentra, mejor todavía. Pero me interesa que, al menos, quede en copresencia la apertura a esa dimensión. De modo que no me cierre a otra dimensión y arranque sin más con la explicación “metódica”, aplicando mecánicamente conceptos que se vincularán indefectiblemente cuando les ponga contexto, pero que no son las relaciones necesarias que puedo alcanzar a captar en el objeto de estudio y que son, en definitiva, la realidad de su ser.

Mi mirada y mis creencias

La experiencia se cifra en mi mirada, en lo que creo de la realidad y las cosas. En mi imagen del universo.

Si creo en la separatidad, mi objeto será perceptual, definido, separado de otras cosas.

Si puedo poner el acento en lo sistémico, podré ver otras relaciones, “ocultas”.

Pero si no veo lo temporal, el juego de tensiones relacionales que son los diferentes momentos de proceso, no habré alcanzado la comprensión del fenómeno que pretendo estudiar.

Y mi propia experiencia habrá quedado allí, donde estaba, sin modificarse.

Lo que creo que las cosas son, lo que *creo del Ser*, determina activamente mi mirada y, por tanto, todo producto de mi pensamiento.

Eso, es lo que clásicamente se llama “ontología”. El estudio del Ser. En definitiva, *todo estudio de un fenómeno es estudio del Ser porque todo fenómeno es un caso particular de ser.*

¿De qué, no decimos que es? Si hasta para decir que algo no es, estamos diciendo que es. El no-Ser, también es.

Caramba, entonces el no-Ser, es. Y si es ¿cómo puede ser no-Ser?

¿Me puede caber duda de que el no-Ser, es? Porque si lo puedo mencionar, es.

Curioso modo de ser éste, el de la mención. Lo mentado existe porque es mentado. El nombre confiere existencia. Así, en tanto el no-Ser tiene nombre, también es.

No es tema meterse en estas honduras pero aquí se plantea un problema capital: el del fenómeno y su etiqueta. Y la confusión que deriva porque el ser de la etiqueta es confundido con el ser del fenómeno.

Así, la etiqueta “no-Ser” es, aunque el no-Ser no pueda ser porque es de su propia esencia no ser.

Sin embargo, aunque la precisión lógica desactive este aparente ser del no-Ser, queda un regusto como de que, no obstante, hay alguna señal del ser del no-Ser. Yo siento que el no-Ser “está ahí”. Entonces ¿cómo es que no es?

Si mantengo suavemente la atención sobre el fenómeno y trato de sustituir el no-Ser por una zanahoria o un papel, quizás advierta que no hay variación en el fenómeno, en mi sensación de él. ¿Estaré palpando la creencia en su estado puro?

Será o no será, podré o no podré, eso es cuestión de umbrales y sedazos perceptuales que permitan advertir las tenues diferencias en la representación.

Lo cierto es que *me manejo en ese trasfondo de creencias todo el tiempo.*

“Soy” mi copresencia

Más que tener una copresencia, la soy. De ella “parto” y a ella “vuelvo” cuando incursiono por “el mundo”. El detalle es cuánto tiempo dura esa incursión...

Ésa, es mi matriz de experiencia. La que estructura mi mirada y la que mi mirada estructura.

Ella es la que opera, la que “elige” los conceptos, la que orienta la visión del fenómeno. No es aventurado decir que las cosas serán lo que ella “diga”.

Esa experiencia tiende –como todo- a mantenerse, está sometida a la inercia. Conocerá en base a lo que ya conoce. Se prolonga o extiende a sí misma; prorroga su validez a todo fenómeno que surja.

Y si está matrizada en la estructura autoritaria, buscará autoridad en todo para poder sentirla en sí misma. Porque la autoridad es apariencia de la autonomía, del sentirse uno, consistente frente a la volubilidad mundana.

¿Moldes viejos para conceptos nuevos?

Así, si me hablan de un método nuevo, lo veré enmarcado en el conjunto de los métodos, en la Metodología. Clásica, por supuesto. Y veré su novedad en términos, también, de lo conocido. Lo meteré, por caso, en la Lógica, dentro del dominio de la Filosofía. Y desde allí vendrán a auxiliarme en mi desconcierto todos los conocimientos anteriores, completando las lagunas que *yo crea* encontrar.

Tomo esos conceptos innovadores y los meto en las estructuras conceptuales de mi experiencia, en lugar de abrir la mirada y tratar de experimentar qué me proponen.

Puedo argumentar que el Método es igualito al sistémico. Sí, así es, igual. Usa los mismos términos. Habla de las mismas cosas. Pero ¿tiene la misma mirada?

Casi cada cosa que Silo dijo ya había sido dicha ¿para qué, entonces, su Mensaje? ¿No será que *lo que sobrevive* de esas cosas alguna vez dichas no ha guardado la esencia de lo dicho?

Cada avatar lanzó su Mensaje en distintos momentos y sus dichos cayeron como chorros en un océano imaginario que las absorbió. Un suave teñido general se fue

acentuando, humanizando el proceso. Quedaron regiones más teñidas que otras en ese imaginario extendido, pero aún en esas regiones podemos notar cómo lo anterior pervivió: el estoicismo encontró su cauce en el cristianismo; el chamanismo tibetano en el lamaísmo budista; y, en términos generales, en estos tiempos que se supone tendrían que coronar el desarrollo científico, se ve brotar el antiquísimo animismo bajo las formas elegantes de la New Age.

Hay Algo que se resiste a ser domesticado. ¿De qué lado estará Silo? ¿será mensajero de Aquello que resiste o nos traerá nuevas formas de liberación?

Lo fragmentario de su obra hace difícil su estudio sistemático y pone en evidencia que cada fragmento temático obedece a un punto de vista que le es propio. Texto a texto se resiste a que el lector encuentre continuidad aparente en sus dichos.

Uno puede tender puentes con lo conocido para interpretar el punto de vista, o sea, *explicarlo* desde lo conocido. O puede dejar que opere en uno la inquietud de la incertidumbre y ver qué es lo que pasa con uno en situación de ignorancia... cuando está en posesión de tanto “conocimiento”.

Volviendo al hilo del tema, puedo ver qué hay en el “mercado” que sea parecido y me ayude a ubicar la etiqueta de eso que tengo ante mí, o puedo simplemente mirarlo y dejar que sea y se manifieste, operando sobre mis creencias. Y dejar que las etiquetas de lo análogo se animen con lo que de nuevo surja en mi mirar.

Si no despejo mis creencias, no hay herramienta de conocimiento que valga. Y ahí está el primer desvío: el Método –Silo dixit- solo sirve para ordenar datos.

Si no tengo datos, no necesito el Método.

Y los datos, son las representaciones del Ser que pretendo estudiar.

Sin embargo, aunque no tenga datos, necesito estudiar el Método, porque en su forma de plantear el orden, nos habla del orden universal, de todo fenómeno. Incorporar sus categorías nos permite re-estructurar la mirada de tal modo que puedo ahorrar tiempo en cuanto a cómo me emplazo frente al mundo.

De modo que estudiar el Método es, por sí mismo, incorporar en mi experiencia un nuevo punto de vista.